

TAN FELIZ

Niamh Campbell

Traducción de Regina López Muñoz

Cuando me desperté y descubrí que él no estaba, al principio no me extrañé. Al fin y al cabo, habíamos discutido la noche anterior y yo había roto un plato con un pinzón pintado, una pieza de una vajilla decorada con zorzales y páridos varios. Lo había roto con toda la intención pero, sorprendida conmigo misma, di un respingo al oír el arenoso *crac*: sentí remordimientos, como si se me hubiese caído algo sin querer.

Tumbada en la cama, caí en la cuenta de que no podía haber salido a pasear por el camino, ni a hacerle una visita a la casera, ni a comprar comida, porque aún no había salido el sol. La bolsa con la que siempre viajaba había desaparecido de lo alto de la cómoda taraceada. Y entonces, Joder, pensé: ha vuelto con su mujer.

Era temprano. La ventana era un cofre en la pared y la luz de la luna bañaba todo el dormitorio, y en el desvaído papel pintado se distinguían angelotes, vírgenes, perros lobo, brujas, elementos de caligrafía. La luna alumbraba el ropero y los bocados para caballerías del alféizar. Era una habitación austera. Sólo había una cómoda, un ropero, la cama con su edredón pastel, y una pila de libros mohosos. Los ratones bisbiseaban en los paneles y las tablas del suelo gemían bajo nuestros pies. Me acurruqué en el hueco que él había dejado; empezaba a asustarme.

Agucé el oído en busca del retumbar de su peso en la escalera, del chirriar de sus pisadas en la planta de abajo, de una bota o una tos o el frufú de unas prendas de vestir. No oí nada salvo el viento enjuagando los árboles mientras las sombras se revolvían en la pared.

Al cabo de un rato me levanté de la cama y me eché por encima su carísimo chaquetón, que estaba colgado de un clavo. La moto había desaparecido del patio de abajo. Al otro lado del prado plagado de rastros vi la fábrica de ladrillos con sus tuberías igual que un altar lleno de velas, macabros sus colmillos y chimeneas contra el cielo.

¿Qué hacer? Hacía frío en la habitación. Eran las cinco, lo supe porque el gato se puso a gimotear al otro lado de la ventana, maullando con indignación, ¡miau! El gato era como un despertador programado a las cinco en punto de la mañana. Cuando me acerqué rápidamente al cristal nos miramos un segundo antes de que él desapareciera con un brinco, y en el lugar que habían ocupado sus ojos amarillos un roble se agitaba con el viento. Bajé y le abrí la puerta al animal; se ovilló alrededor de mis piernas. Se encaramó al castigado sofá de dos plazas para observarme. Yo sabía que las plantas de mis dos pies estaban negras.

¿Qué hacer? Efectué un meditado circuito por la casa. La sala principal era cavernosa, con ventanas profundas, y en la repisa de una de ellas había varios libros amontonados. En aquella habitación había también una chimenea con cuñas de madera y una rejilla achicharrada con forma de corona. El pasillo de metacrilato contiguo estaba salpicado de hojas y vainas. Una lámpara que parecía un cuenco de cristal ahumado vuelto del revés, rugosa y retorcida a la altura del soplador de vidrio, estaba siempre encendida. Yo jamás la había visto encenderse o apagarse. Le daba un color céreo a la estancia.

Afuera, yo lo sabía, daba comienzo el doloroso lance del alba. Unas cuchilladas grises y amarillas sajan el cielo por el este. Playas frías e incoloras yacían con la marea baja, a escasas millas de distancia, algo que para mí era relevante, tanto como la bicicleta bajo la lona en el patio.

Todas las luces apagadas salvo el amarillo de la lámpara.

Todas las luces apagadas salvo los ojos del gato.

Todas las luces apagadas salvo la luna perfectamente indiferente.

PRIMERA PARTE

Un día de otoño, cuando llevaba menos de cuatro meses casada, vi a la casera. La vi en Cow Lane —vaya un lugar raro, con su ruboroso adoquinado—, y nada más avistarla me giré y fingí estar distraída por la superfluencia de la puerta de un negocio, una puerta corriente de cristales que se abría y cerraba liberando clientes con bolsas de compras.

La casera estaba parada en la acera. Había llovido, todo resplandecía, hacía buena temperatura; se había detenido para leer algo en su móvil. Yo llevaba años sin verla, desde aquella vez que fiscalizó mi desgracia, pero no había cambiado nada. Aunque me había pillado desprevenida —nada de lo que había ocurrido durante la jornada apuntaba a que aquel encuentro fuera a producirse—, sentí dentro de mí un arranque de generosidad, un deseo de decírselo a ella, de decirle estás fantástica, como siempre, *qué estilazo*. Debe de haber cumplido ya los cincuenta, pensé.

Sopesé mis opciones y finalmente di media vuelta, disimulé, me alejé de allí. Desaparecí antes de que ella me viera. Mis pasos repiquetearon sobre los adoquines.

Salir a Dame Street fue como tocar tierra, y allí me detuve. Empecé a crujirme los dedos de las manos. Es un gesto que hago cuando quiero convocar una decisión propia o ajena a mí. A mi espalda, la cascada que desagua en Temple Bar fluía desganada. Varios autobuses irrumpían desde la catedral y rebuznaban en dirección a College Green.

Todavía, pensé. Todavía en este preciso instante me pongo eufórica sólo de pensarlo, de pensar en todo aquello, aunque debo confesar que había quedado reducido a una especie de cabeza de alfiler, a un pinchacito, a un *punctum*, algo intenso, un tatuaje; pero, al liberarlo, se convertía en una suntuosa ola verde de recuerdos, costuras en llamas y precintos en llamas. Y a esas alturas llevaba sin verla, y a Harry también, más o menos seis años. Yo

ahora tenía treinta —más de seis años—, y sin embargo, naturalmente, lo recordaba todo con precisión forense.

Me disponía a reunirme con el hombre que era mi marido desde hacía cuatro meses —menos de cuatro meses—, pero me sorprendió constatar que mi paso se ralentizaba, cosa extraña, pues lo normal es que fuera con prisas a todos lados. Y se produjo un enlentecimiento generalizado, después de haber visto a la casera —una distensión, una sensación casi de pavor—, como si todo lo que me rodeaba fuese una señal.

No llevaba mucho tiempo casada. Los acontecimientos se habían precipitado.

En aquel momento me disponía a reunirme con mi marido.

Proseguí, apurada, mi camino, contra el gentío, mientras las campanas de la catedral estallaban y los pájaros se dispersaban y las gaviotas desplegaban sus alas, flexibles como ballestas, buscando desperdicios de los turistas entre la hierba. Me pregunté cuánto le había contado a mi esposo acerca del episodio con Harry cuando yo tenía veintitrés años. Poco, calculé; apenas nada. Pero había ocurrido, desde luego, para mí.

Se hace raro reconocer que nunca he enunciado los hechos. Es porque me hacen quedar como una tonta.

Cuando tenía veintitrés años y estudiaba en Londres, conocí a un hombre mayor que yo —un hombre casado, un escritor— y me enamoré. También entonces se precipitaron los acontecimientos. Aquel hombre y yo nos marchamos de Londres y viajamos a Irlanda, de donde soy yo. Nos habíamos conocido en abril, con los primeros atisbos de buen tiempo; nos fuimos a Irlanda en agosto. Nos instalamos en una casa de campo al final de un angosto carril tubular, de esos que en Irlanda se conocen como *boreen*. La casa era de él; la alquilaba, la conocía bien.

He separado una por una las varillas de este periodo, como si de un abanico decorativo se tratara. Y eso que en la casa de campo estuvimos sólo tres semanas, tres semanas nada más, porque aquello se cortó de sopetón, ya

ves; se cortó al cabo de sólo tres semanas, cuando yo había abandonado mi vida entera.

Después, durante años, cualquier cosa me lo recordaba, y me recordaba la casa, de repente: unas berenjenas polvorientas; una arboleda contra un frío atardecer sanguinolento en Phoenix Park; el olor a madera quemada, o a humedad. Un día en la filmoteca doblé mi abrigo y lo coloqué debajo de mi asiento y cuando me incorporé la olí —la casa—, olí a humo, a fuego de leña, en la ropa de alguien, y me asaltó una congoja extraña, autónoma y extática.

Pienso en ello en ciertos ambientes. Una especie de noche espaciosa, en el campo sobre todo; el cielo estirado y sostenido por pilares, fragancias húmedas a tierra-agua, a perro mojado, a embarcadero mojado, a hojas empapadas, y a tierra removida por cascos o bicicletas o botas. Recuerdo plantarme en el camino descalza, a la hora del baño, el fresco lascivo y la incomodidad creciente del anochecer —la lenta y fastuosa recuperación de los campos y las colinas por parte de la negrura, la luz de las estrellas enhebrándose, la noche cayendo como quien llena un cubo de arena oscura.

¡Podría quedarme aquí para siempre!, pensaba yo. ¡Podría vivir aquí, para siempre! Era joven. Siempre andaba estresada.

Pero cuando la vi, a la casera, en Cow Lane, cuando llevaba cuatro meses casada y seis años habían pasado desde aquello, no fue como si todo volviera de repente. En realidad había estado conmigo, cerca de mí, cosido a las decisiones como el distintivo de una marca, durante años: reescrito, rediseñado, simplificado, corregida toda confusión, simulado cualquier detalle olvidado, complementado, cuantificado.

Por eso, la visión de la casera envuelta en un magnífico abrigo verde musgo —de esos que se tejen en Donegal y se atesoran toda la vida— sin haber envejecido nada, más guapa en realidad, esta visión fue una fuente de gracia o repentino júbilo involuntario. Como si todo este tiempo yo hubiera estado esperando a que me redescubrieran.

En verdad siempre me acompañan, siempre los tengo a mano, esos recuerdos. Imagen y esencia, tal vez. Destilados.

Una mañana en la casa, por ejemplo. Fuera de la casa: ahí, en el camino empinado. Aquella mañana —no soy capaz de plasmarla intacta—, la casera me pilló haciendo pis en una arboleda, con una manta de lana sobre los hombros. Cuando la vi, le pedí disculpas a voz en cuello y me incorporé. Harry estaba en la habitación, dormido.

Me dijo, Ay, mujer, ay, mujer, que el perro se ha escapado, y yo contesté, Seguro que vuelve, y ella se interrumpió como si estuviera a punto de caerse, como si pendiera de un objeto invisible, con un amago de rictus de dolor en el semblante, y yo imaginé que estaba juzgándome, aunque ahora, pensándolo mejor, me parece que sólo estaba turbada.

Muy temprano. Y allí estaba ella, buscando al perro como loca. Mientras me sobreponía, percibí que el prado sensacional de mi cuerpo, y especialmente los dedos, se expandía, desplegándose como filamentos ante la sonrisa quebrada de los troncos de los árboles y la vegetación, la suntuosidad aguardentosa de la descomposición, el sendero reducido a picos y valles. Tuve la sensación de que la mujer había llegado con más gente que me observaba. Pero no había nadie a la vista.

Luego, volví al dormitorio de la casa. Me resulta incomprensible cómo puede un hombre dormir de esa manera. ¿No les preocupa lo que pueda una hacer, sin su supervisión?

He observado a mi marido de un modo similar, mientras dormía: tan vulnerable, tan confiado, tan atolondrado. Yo podría ser una Judith decapitando a Holofernes; esto podría ser la alcoba de Molly, y yo, una chica que llena de agua los cañones de un revólver e invita a pasar al juez¹. Todo

¹ Alusión a la historia que narra la canción tradicional irlandesa «Whisky in the Jar».

esto no son más que pensamientos inútiles, como es natural. Un flujo subterráneo sin restricciones.

Ese mismo día, cuando Harry de nuevo estaba en otra parte —trabajando, por supuesto—, me senté en los escalones al atardecer e intenté absorberlo todo con ansiedad, el camino bordeado de árboles, los sonidos de la brisa pasada por el tamiz seco de los árboles, los rayos de serbal con sus bayas rojas, o encontrarle sentido, componer una sentencia imperecedera que me lo explicase todo.

Recuerdo ahora que me sentí impotente ante la tarea porque no conocía el nombre de casi ningún árbol.

Recuerdo el aturdimiento, una especie de trauma sin garras, cuando Harry me dijo, Eres una chica complicada.

Así es como me veo: como una chica, esperando instrucciones, con las rodillas pegadas al pecho. Una sensación de estatismo exasperado o de expectación rutilante, expectación de una negrura rutilante, y yo dolorosamente sola en mis figuraciones. Mucho, muchísimo más dura resultó la tarea de evocar al hombre —Harry— desde la distancia, en el *recuerdo madurado*, y tratar de preguntarme en qué estaría pensando, si pensaba alguna vez en ello, si atizó mi interés y me desechó por accidente, o sin malicia, sin la suficiente empatía; o si, en realidad, yo lo había ofendido con lo que dije aquel último día.

Lo que dije: ¡Yo no voy a ser una más de tu... *casto harén!* No vas a guardarme en una caja como si fuese un juguete.

Con altanería, debo decir. Con insubordinación.